

LA HUMILDAD, CAMINO DE ADVIENTO Y ESPERANZA DE NUESTRO SALVADOR

1. ORACIÓN:

Ayúdame, hermano, a ser humilde.
Ten misericordia de mí y muéstrame
lo que Dios va haciendo con tu vida.

Te prometo acoger y escuchar
tus pasos y tus caídas,
tus ternuras y tus rechazos,
tu alegría y tu dolor.

Quiero ser menos yo y más hermano,
porque quiero descender hasta donde
se encuentra lo más humano,
lo profundamente humano.
Me han dicho que allí se encuentra Dios.

Búscame cuando me pierda
y volveré a casa de tu mano,
a casa para servirte más
y compartir juntos el pan.

Cuando veas brillar en mis ojos
la soberbia y la altanería
y mi boca se llene de palabras vacías,
no apartes de mí tu mirada tierna pero vigorosa,
no dejes de comunicarme la esperanza.

Confía en mí que aprenderé de ti
Y suplicaré también por ti al Padre.
Te pido hermano que me ayudes
a ser humilde con tu ejemplo.
Yo también te lo ofrezco.

Señor Jesús, maestro de humildad,
haznos reconocer nuestra pequeñez,
nuestras vidas, su desnudez
y reconocer tu gratuidad

Padre de misericordia,
concédenos caminar en la humildad
para llegar a la eternidad.
Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

2. REFLEXIÓN: LA HUMILDAD EN SAN AGUSTÍN.

RETIRO DE ADVIENTO 2001

La humildad es el camino de la verdad de nosotros mismos, que nos abre al encuentro con Cristo, médico humilde y doctor de la humildad, que para recuperarnos se ha hecho uno de nosotros. Sólo quien se reconoce enfermo, el que no presume de sí mismo, siente la necesidad de ser curado y puede acoger la salvación del Hijo de Dios. La humildad es el camino de la misericordia y del perdón; nos pone frente al hermano con una mirada de comprensión y de aceptación y nos hace recobrar la unidad: “¡Cuán numerosos son los que, conscientes de haber ofendido a sus hermanos, rehúsan decir Perdóname! No se avergonzaron de pecar y se avergüenzan de pedir perdón; no sintieron vergüenza ante la maldad, y la sienten ante la humildad” (Sermón 211,4).

Agustín, un hombre humilde.

Agustín, una vez convertido, en ningún momento aspiró a puestos de honor en la Iglesia y él mismo nos dice que si aceptó ser sacerdote y obispo fue sólo por obediencia: “Yo, en quien por misericordia de Dios veis a vuestro obispo, vine siendo joven a esta ciudad. Muchos de vosotros lo sabéis. Buscaba dónde fundar un monasterio para vivir con mis hermanos. Había abandonado toda esperanza mundana y no quise ser lo que hubiera podido ser; tampoco, es cierto, busqué lo que soy... Me separé de quienes aman el mundo, pero no me equiparé a los que gobiernan a los pueblos. No elegí un puesto superior en el banquete de mi Señor, sino el último y despreciable, pero le plugo a Él diciendo: Sube más arriba. Hasta tal punto temía el episcopado que, cuando comenzó a acrecentar mi fama entre los siervos de Dios, evitaba acercarme a lugares donde sabía que no tenían obispo. Me guardaba bien de ello y gemía cuanto podía para salvarme en un puesto humilde antes que ponerme en peligro en otro más elevado. Mas, como dije, el siervo no debe contradecir a su Señor...” (Sermón 355,2).

Son aleccionadoras las palabras que escribe al primado de Numidia, Victorino, que a la hora de convocar un concilio regional había puesto su nombre en tercer lugar, antes que otros obispos que tenían por qué figurar primero, él no quiere que le consideren más de lo que es, aunque es consciente de los dones que tiene y de su valía personal: “Además, se escribía a los mismos obispos de Numidia con un orden tan alterado y descuidado, que mi nombre venía en tercer lugar, y bien sé que fui ordenado después de muchos otros obispos. Eso es para los demás bastante injurioso y a mí me crea envidias” (Epístola 59,1). De todas las maneras, si hablamos de la humildad de Agustín, basta pensar en sus Confesiones donde desnuda su alma ante sus contemporáneos y ante toda la historia.

Pero sobre todo Agustín hace de la humildad un estilo de vida, una forma de ser y de relacionarse consigo mismo, con Dios y con los demás: “Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándome con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús... Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza” (Confesiones 7,18,24).

RETIRO DE ADVIENTO 2001

La humildad, virtud cristiana.

Para Agustín, y esto lo repite con frecuencia, la humildad consiste en reconocernos como somos, en reconocernos como hombres, es decir, en conocernos a nosotros mismos: "Dios se humilló por ti. Tal vez te ruboriza imitar a un hombre humilde; imita, al menos, al humilde Dios. Oculta el Hijo de Dios su venida en el hombre y se hace hombre; tú, hombre, reconoce que eres hombre. Toda tu humildad consiste en que te conozcas" (Comentario al evangelio de Juan 25, 16). El conocimiento real del hombre está estrechamente unido a la mediación de Cristo: "La humildad del hombre es su confesión, y la mayor elevación de Dios es su misericordia. Si, pues, viene Él a perdonar al hombre sus pecados, que reconozca el hombre su miseria y que Dios haga brillar su misericordia" (Comentario al evangelio de Juan 14,5).

Para Agustín la humildad es una virtud típicamente cristiana. Ningún filósofo, ningún sabio de los antiguos podía enseñarnos esta virtud de la humildad, sólo Cristo es el doctor de la humildad, sólo Él la puede enseñar competentemente: "Esta agua de la confesión de los pecados, esta agua de la humillación del corazón, esta agua de la vida de salud, que se considera despreciable a sí misma, que no presume de sí misma, que no se atribuye con soberbia nada a su propio poder; esta agua no se encuentra en ningún libro de los extraños, ni en los de los epicúreos, ni en los de los estoicos, ni en los de los maniqueos, ni en los de los platónicos. En todos ellos se hallan óptimos preceptos sobre las costumbres y la disciplina; sin embargo, no se encuentra esta humildad. La vena de esta humildad brota de otro manantial; emerge de Cristo. El origen dimana de aquel que, siendo excelso, vino humilde. ¿Qué otra cosa enseñó humillándose, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz? ¿Qué otra cosa enseñó pagando lo que no debía, para librarnos a nosotros de la deuda? ¿Qué otra cosa enseñó bautizándose el que no tuvo pecado, dejándose crucificar el que no tenía culpa? ¿Qué otra cosa enseñó, si no es esta humildad? Con razón dice: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'. Con esta humildad se acerca a Dios, porque el Señor está junto a los que se atribulan en su corazón" (Comentario al salmo 31,2,18).

Cristo es el que la trae por primera vez. Cristo es el gran maestro que nos enseña todo lo que tenemos que saber para vivir bien en esta vida, pero sobre todo Cristo es para Agustín maestro de la humildad. Esta es la gran asignatura, la principal que Cristo nos vino a enseñar y que siempre tendremos pendiente en el curso de la vida, porque nunca está suficientemente aprendida. Cristo ha venido para que nadie se gloríe de sí mismo, de tal manera que la gloria de Dios sea la que va en aumento: "Antes de la venida del Señor Jesús se jactaba de sí mismo el hombre. Viene aquel hombre para que la gloria del hombre mengue y vaya en auge la gloria de Dios. Porque viene Él sin pecado y nos halla a todos con pecados" (Comentario al evangelio de Juan 14,5).

La humildad nos viene que Cristo que se hizo hombre para hacernos dioses: "Considera, ¡oh hombre!, lo que vino a ser Dios por ti; aprende la doctrina de tan gran humildad de la boca del doctor que aún no habla. En otro tiempo, en el paraíso fuiste tan fecundo que impusiste el nombre a todo ser viviente; a pesar de ello, por ti yacía en el pesebre, sin hablar, tu creador; sin llamar por su nombre ni siquiera a su madre. Tú, descuidando la obediencia, te perdiste en el ancho jardín de árboles fructíferos; Él, por obediencia, vino en condición mortal a un establo estrechísimo, para buscar, mediante la muerte, al que estaba muerto. Tú, siendo hombre, quisiste ser Dios, para tu perdición; Él, siendo Dios, quiso ser hombre, para hallar lo que estaba perdido. Tanto te oprimía la soberbia humana, que sólo la humildad divina te podía levantar" (Sermón 188,3).

RETIRO DE ADVIENTO 2001

Cristo es el modelo y el maestro de la humildad. Según Agustín una de las grandes lecciones que nos vino a enseñar el Hijo es la humildad, de tal manera que en algún momento parece que Agustín insinúa que el Hijo se hizo hombre, se humilló, para enseñarnos a nosotros a ser humildes: "Tan grande es la utilidad que reporta al hombre la humildad, que no dudó en recomendarla la divina Majestad. Para siempre hubiese perecido el hombre por su soberbia sino le hubiese hallado Dios con su humildad. Por eso vino el Hijo del hombre a buscar y poner a salvo lo que había perecido. Había perecido el hombre siguiendo la soberbia del engañador, siga, después de hallado, la humildad del Redentor" (Comentario al evangelio de Juan 55,7).

La gran enseñanza de Cristo, por tanto, es la humildad y esta humildad es la especialidad de Cristo, y sólo el que es humilde puede entrar en contacto con Cristo aunque, a la vez, para ser humilde, debe acercarse a Él: "Yo he venido humilde, yo he venido a enseñar la humildad, y yo soy el maestro de la humildad. El que se llega a mí, se incorpora a mí; el que se llega a mí se hace humilde, y el que se adhiere a mí, será humilde, porque no hace su voluntad, sino la de Dios... El Maestro, pues, de la humildad ha venido, no a hacer su voluntad, sino la voluntad del que lo envió. Lleguémonos a Él, introduzcámonos en Él e incorporémonos a Él para que tampoco hagamos nosotros nuestra voluntad, sino la voluntad de Dios. Así es como no nos lanzará fuera, porque somos miembros suyos, ya que quiso ser cabeza como Maestro de la humildad" (Comentario al evangelio de Juan 25,16.18).

Agustín pone en la humildad el fundamento de la perfección cristiana: "Nuestra perfección es la humildad" (Comentario al salmo 130, 14). Toda la ciencia consiste en aprender la humildad, y sólo se aprende entrando en contacto con Cristo: "¿A esto se han reducido los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos en ti? ¿A que vengamos a aprender como una cosa grande de ti que eres manso y humilde de corazón? ¿Tan excelsa cosa es ser pequeño, que, si tú no nos lo enseñaras, siendo tan excelso, no sería posible aprenderla? De seguro. No podrá encontrar de otra suerte su paz el alma si no es reabsorbiendo esa inquieta hinchazón, por la que se antojaba grande a sí misma mientras para ti estaba todavía enferma" (Sobre la virginidad 35, 35).

La humildad fundamento de la vida espiritual.

La humildad es el cimiento de la construcción espiritual, lo primero que tenemos que asegurar si es que queremos ser grandes: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, no a fabricar el mundo y a resucitar a los muertos, sino que soy manso y humilde de corazón. ¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate" (Sermón 69, 2).

Este cimiento del que habla Agustín, en nuestro caso, no es otro que el propio conocimiento, la verdad del ser humano visto en su propia indigencia: "¿Quién entra por la puerta? Quien entra por Cristo. y ¿quién es este? Quien imita la pasión de Cristo, quien conoce la humildad de Cristo; y pues Dios se hizo por nosotros hombre, reconozca el hombre que no es Dios, sino un mero hombre. Quien, en efecto, quiera dársele de Dios no siendo más que hombre, no imita ciertamente al que, siendo Dios, se hizo hombre. A ti no se te dice:

RETIRO DE ADVIENTO 2001

'Se algo menos de lo que eres', sino 'conoce lo que eres'. Conócete débil, conócete hombre, conócete pecador, conoce ser Dios quien justifica, conócete manchado. Pon al raso en la confesión la mancha de tu corazón, y permanecerás al rebaño de Cristo" (Sermón 137, 4).

Este conocerse a sí mismo, del que estamos hablando, es una verdadera ciencia, la gran ciencia que el hombre está llamado a aprender: "Este es el perfecto y excelso conocimiento: conocer que el hombre por sí no es nada; y todo lo que es lo recibe de Dios y por Dios" (Comentario al salmo 70, 1, 1). Por eso Agustín nos recomienda que aprendamos lo pequeño, la humildad de Dios: "Lo que habéis, hermanos, de aprender, ya lo estáis viendo, es lo pequeño. Nosotros apetecemos las cumbres; para ser grandes aprendamos lo pequeño. ¿Quieres aprehender la excelsitud de Dios? Aprende antes la humildad de Dios. Dígnate ser humilde en bien tuyo, puesto que Dios se dignó ser humilde también por ti. Aduénate de la humildad de Cristo, aprende a ser humilde, no seas orgulloso. Confiesa tu enfermedad, déjate con paciencia tratar del Médico. Cuando hayas hecho tuya la humildad suya, te levantarás con Él; no digamos que se levante Él en su calidad de Verbo, sino que te levantarás tú para que más y más sea el Verbo presa tuya... Observad el árbol: echa primero hacia abajo para crecer después hacia arriba, clava su raíz en lo humilde para lanzar al cielo su picota. ¿Dónde sino en la humildad se afianza? ¿Quieres, pues, tú, sin caridad, subir a las alturas? Buscas sin raíz el espacio, y ése no es crecimiento, sino derrumbamiento. Habite Cristo por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y fundados en la caridad, seáis llenos de toda plenitud de Dios" (Sermón 117, 17).

Para Agustín, y así nos lo dice, "donde está la humildad, allí está Cristo" (Comentario al la epístola de Juan Prólogo). Cristo y la humildad son inseparables, y, como consecuencia, donde está la humildad, hay posibilidad de fruto, mientras que donde la humildad está ausente y está asentada la soberbia, todo se convierte en desierto, en lugar inhóspito, porque la soberbia produce ácido que quema toda vida: "¿Qué hizo Dios resistiendo a los soberbios y dando gracia a los humildes, al cortar los ramos por la soberbia e injertar el acebuche por la humildad? ¿Qué hizo Dios? Oíd estas dos cosas; primero cómo Dios resiste a los soberbios; después cómo da gracia a los humildes. Convirtió los ríos en desierto. Allí corrían las aguas, corrían las profecías. ¿Por qué no encuentras ahora profetas en los judíos? Convirtió los ríos en desierto, y los manantiales de agua en sequedad... Preguntas allí por la fe de Cristo, por los profetas, por el sacerdote, por el sacrificio, por el templo, y no los encuentras. Y esto ¿por qué? Porque convirtió los ríos en desierto; y los manantiales de las aguas, en sequedad; y la tierra fructífera, en salinas. ¿Cómo? ¿Por qué causa? Por la maldad de los que habitan en ella. Ved cómo resiste a los soberbios. Oye cómo da gracia a los humildes: convirtió los desiertos en estanques de agua, y la tierra sin agua, en manantiales de agua. E hizo morar allí a los hambrientos. Como a Él se le dijo: 'Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec', buscas el sacrificio entre los judíos, y no lo hallas según el orden de Aarón, porque convirtió los ríos en desierto; le buscas según el orden de Melquisedec, y no le encuentras en ellos, sino que se inmola por todo el orbe en la Iglesia... En donde todos los sacrificios eran inmundos, cuando todas las gentes eran desierto, cuando se hallaban incultas, cuando eran salubres, ahora hay allí fuentes, hay allí ríos, hay allí estanques de agua, hay allí manantiales de agua" (Comentario al salmo 106, 13).

Agustín piensa que la humildad es una regla elemental para el que quiera entender algo de la ciencia de Dios: "Se hallaba sentada a los pies de nuestra cabeza, y cuanto más humildemente estaba sentada, tanto más comprendía. El agua afluye a la profundidad del valle, deslizándose desde los encumbrados collados... Esto hacía María: se humillaba y el

RETIRO DE ADVIENTO 2001

Señor la llenaba" (Sermón 104, 3.5).

La humildad, acto de purificación y penitencia.

Para Agustín el primer significado de la Encarnación es la humildad: “El Dios humilde descendió hasta el hombre soberbio. Reconózcase el hombre como hombre y manifiéstese Dios al hombre. Si Cristo vino para que el hombre se humillara y a partir de esa humildad creciera, convenía que cesara ya la gloria del hombre y se encareciese la de Dios, de modo que la esperanza del hombre radicase en la gloria de Dios y no en la suya propia... Confiese, pues, el hombre su condición de hombre; mengue primero para crecer después” (Sermón 380,6). Es decir, para purificar al hombre soberbio vino Cristo humilde: “Por la humildad de Cristo somos limpiados, ya que, si no se hubiese humillado a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, su sangre no hubiese sido derramada para la remisión de los pecados” (Comentario al evangelio de Juan 119,4).

Para llegar a la perfección es necesario comenzar por la humildad, de hecho dice Agustín: “Si amáis, venid humildemente al humilde, no os apartéis de Él, no sea que caigáis... Seguid adelante por el camino de la cumbre con el pie de la humildad. Él exalta a los que le siguen humildemente, ya que no se desdeñó bajar hasta los que yacían” (Sobre la santa virginidad 52,53). Es, además, la humildad el fundamento sobre el que se construye el edificio de la caridad; ella es el medio para conquistar y para custodiar la caridad: “Contra la soberbia, madre de la envidia, es contra quien lucha singularmente toda la disciplina cristiana. Esta nos enseña la humildad para adquirir y custodiar la caridad” (Sobre la santa virginidad 31,31). En definitiva la humildad es la virtud que hace bueno al hombre y construye la ciudad de Dios: “Soy consciente de la fuerza que necesito para convencer a los soberbios del gran poder de la humildad. Ella es la que logra que su propia excelencia, conseguida no por la hinchazón del orgullo humano, sino por ser don gratuito de la divina gracia, trascienda todas las eminencias pasajeras y vacilantes de la tierra” (La ciudad de Dios 1, prólogo). Por eso Agustín nos exhorta: “Aprendamos, o mejor, tengamos la humildad. Si aún no la tenemos, aprendámosla. Si la tenemos, no la perdamos. Si no la tenemos, cobrémosla para ser injertados; si la tenemos, retengámosla, para no ser amputados” (Sermón 77,15).

Humildad, acto de verdad.

Verdaderamente el hombre es un ser débil, aunque está abierto al infinito es una criatura limitada, llena de necesidades: “La humildad del hombre es su confesión, y la mayor elevación de Dios es su misericordia. Si, pues, viene él a perdonar al hombre sus pecados, que reconozca el hombre su miseria y que Dios haga brillar su misericordia” (Comentario al evangelio de Juan 14,5). Agustín está convencido que andar en verdad, es decir, el principio de las buenas obras es confesar lo que no haces bien: “¿Qué es practicar tú la verdad? No halagarte, ni acariciarte, ni adularte tú a ti mismo, ni decir que eres justo, cuando eres inicuo. Así es como empiezas tú a practicar la verdad; así es como bienes a la luz, para que se muestren las obras que has hecho en Dios” (Comentario al evangelio de Juan 12,13).

Lo propio de la humildad es confesar la verdad, no presumir de algo que uno no tiene, ni aparentar otras cosas: “Como la soberbia presume, la humildad confiesa. Como es presuntuoso el que quiere aparecer lo que no es, así es confesor el que no oculta aparecer lo que es y ama aparecer lo que es” (Comentario al salmo 121,8). Es desde la humildad desde donde podemos elevarnos hasta la divinidad, pero eso es obra del mismo Dios: “Yo dije todos

RETIRO DE ADVIENTO 2001

sois dioses e hijos del Altísimo. Dios nos llama para que dejemos de ser hombres. Esta dichosa transformación no se verifica si antes no reconocemos nuestra condición de hombres. Hay que partir de la humildad para elevarse a aquella altura. Si, por el contrario, nos persuadimos de que somos algo, cuando en realidad no somos nada, corremos el peligro no sólo de no recibir lo que nos falta, sino de perder lo que somos” (Comentario al evangelio de Juan 1,4).

Según Agustín sólo escuchando, y escuchando la verdad, se puede ser humilde: "Cuando se escucha la verdad, se guarda la humildad. Aun hay otro que dice: El amigo del esposo se mantiene en pie y le escucha y se llena de gozo oyendo la voz del esposo. Disfrutemos oyendo interiormente y sin ruidos la verdad. Y así, cuando exteriormente suena a través del lector, del nuncio, del predicador, del razonador, del preceptor, del consolador, del exhortador y aun del mismo cantor y salmista, todos ellos deben tener cuidado de no manchar sus pies con el amor subrepticio de la humana alabanza, intentando agradar a los hombres. En cambio, quienes escuchan piadosamente y con agrado, no tienen peligro de jactarse en los trabajos ajenos, y se gozan de oír la voz de la verdad divina no con los huesos inflados, sino más bien abatidos. Y así, en la persona de aquellos que de buen grado y con humildad saben oír o que llevan una vida tranquila en estudios agradables y provechosos, encuentra sus delicias la Iglesia santa" (Comentario al evangelio de Juan 57,3).

Humildad, acto de caridad.

Lo que al Señor mismo le movió a hacerse hombre ha sido la caridad, y en Él encontramos el modelo para vivir humildemente, para vivir como hombres: “No lo hizo a Él humilde su maldad, sino la caridad... Ve, acércate a Él y aprende que es manso y humilde de corazón. No irás a aquel que no se atrevía a levantar los ojos al cielo, oprimido por el peso de su maldad, sino a aquel que descendió del cielo arrastrado por el peso de su caridad. No irás a aquella que regó los pies de su Señor con lágrimas buscando el perdón de sus graves pecados, sino a aquel que después de concederles el perdón de sus pecados lavó los pies a sus siervos. No te propongo como modelo al publicano acusándose humildemente de todos sus pecados, pero temo en ti al fariseo que se jactaba orgullosamente de sus méritos” (Sobre la santa virginidad 37,38).

Para Agustín la recomendación de la humildad está en la línea de la imitación de Cristo, ya que en la humildad de Cristo es donde está nuestra salvación: “Por doquier se nos recomienda con diligencia suma la humildad del maestro bueno. También está en Cristo nuestra salvación, que es su humildad. Careceríamos en absoluto de salvación si Cristo no se hubiese dignado hacerse humilde por nosotros. Recordemos que no hemos de fiarnos de nosotros mismos. Confiemos a Dios lo que tenemos e imploremos de Él lo que aún no tenemos” (Sermón 285,4). Evidentemente para entrar en el reino y disfrutar de la salvación, es necesario pasar por Cristo, pero sólo se podrá si somos humildes porque “Cristo nuestro Señor es puerta baja; quien quiera entrar por esta puerta, ha de agacharse para entrar con la cabeza sana. Quien, en vez de humillarse, se enorgullece, quiere entrar por el muro, y quien sube por el muro, sube para caer” (Comentario al evangelio de Juan 45,5).

Terminamos nuestra reflexión sobre la humildad con las palabras que Agustín dirige a Dióscoro y que se ha convertido en un texto clásico al hablar de la humildad: "Quisiera, mi Dióscoro, que te sometieras con toda tu piedad a este Dios y no buscaras para perseguir y alcanzar la verdad otro camino que el que ha sido garantizado por aquel que era Dios, y por eso vio la debilidad de nuestros pasos. Este camino es: primero, la humildad; segundo, la

RETIRO DE ADVIENTO 2001

humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo. No es que falten otros que se llaman preceptos; pero si la humildad no precede, acompaña y sigue todas nuestras buenas acciones, para que miremos a ella cuando se nos propone, nos unamos a ella cuando nos allega y nos dejemos subyugar por ella cuando se nos impone, el orgullo nos lo arrancará todo de las manos cuando nos estemos ya felicitando por una buena acción. Porque los otros vicios son temibles en el pecado, mas el orgullo es también temible en las mismas obras buenas. Pueden perderse por el apetito de alabanza las empresas que laudablemente ejecutamos. A un nobilísimo retórico le preguntaron cuál era el primer precepto que se debía observar en la elocuencia. Contestó, según dicen, que era la pronunciación. Preguntáronle por el segundo precepto, y dijo que era la pronunciación. Le volvieron a preguntar por el tercero, y sólo contestó que era la pronunciación. Del mismo modo, si me preguntas, y cuantas veces me preguntes, acerca de los preceptos de la religión cristiana, me gustaría descargarme siempre en la humildad, aunque la necesidad me obligue a decir otras cosas" (Epístola 118, 22).

(Reflexión preparada por el P. Santiago Sierra)

3. PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO.

1. ¿Qué pienso yo de la humildad? ¿La valoro, la deseo, la suplico?
2. En mi historia personal ¿Que pasos he dado hacia la humildad y qué circunstancias me han llevado a ella?
3. ¿Quién dirige mi vida? ¿Mi autonomía adulta es absoluta o se mueve en el querer de Dios como horizonte? ¿Me valgo de las mediaciones humanas o pretendo mantener mi independencia total?
4. En mi tarea apostólica ¿Actúo desde el protagonismo personal o desde la conciencia de ser un instrumento en las manos de Dios?
5. ¿Qué pasos puedo dar para crecer en humildad durante este adviento, en actitud de espera y de confianza en el Señor?

RETIRO DE ADVIENTO 2001

4. CELEBRACIÓN. (Eucaristía o Vísperas)

Introducción.

El tiempo de adviento se caracteriza por la esperanza y preparación de la venida del Señor. El Señor, que viene a nosotros, desea que acojamos su salvación con un corazón humilde y agradecido: reconociendo nuestra realidad personal y comunitaria; aceptando nuestras dificultades y debilidades; esforzándonos en seguir su ejemplo; esperando su gracia. Como agustinos estamos llamados a realizar este peregrinaje en común, ayudándonos mutuamente a allanar nuestros caminos interiores para que se manifieste en nuestras vidas la presencia viva de Cristo en la historia, en nuestro presente. Dispongamos nuestro corazón para vivir en la humildad, siguiendo el ejemplo de Cristo. Será nuestra mejor preparación para celebrar su venida. Pues sólo con un corazón humilde podemos escuchar su palabra y acoger la gracia que nos capacite para experimentar su salvación y vivir con actitudes de servicio y generosidad.

Preces.

Dirijamos confiados nuestras súplicas con un corazón humilde.

- Por todos los cristianos, para que durante el tiempo de adviento preparemos la venida del Señor a nuestras vidas,
* mediante una oración confiada, una vida humilde y una caridad solícita.
- Por todos los hombres que son víctimas del odio, de la violencia y de la guerra
* que experimenten la paz de Cristo y su consuelo.
- Por todos los consagrados al servicio del Señor
* para que estemos cada día más atentos a las necesidades de los que sufren.
- Señor Jesús, que nos amas con inmensa bondad
* haz que todos nuestros trabajos tiendan al bien común con mayor empeño que si los hiciéramos para nosotros mismos.
- Señor Jesús, fuente de caridad eterna,
* haz que reparemos cuanto antes el mal hecho al hermano y a la comunidad.
- Tu, Señor, que nos has llamado a vivir en comunidad,
* haz que tengamos una sola alma y un solo corazón orientados hacia ti.
- Señor, que nos invitas a buscarte sin cesar durante toda nuestra vida, y ahora en este tiempo de adviento
* concédenos crecer en el camino de la interioridad y de la humildad para llegar a ti.

Padre de misericordia, te pedimos que siguiendo el ejemplo de tu Hijo, mostremos en nuestras vidas el sello de la humildad, la unidad y la caridad. Que sean nuestro distintivo y nos muevan cada vez más a gozar de tu presencia y a trasmitirla a los hombres. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Acción de gracias: Mi corazón canta agradecido.

RETIRO DE ADVIENTO 2001

Señor, mi corazón rebosa agradecimiento
por tantos dones y bendiciones tuyas.
No bastaría el canto del corazón y de los labios,
si no pusiera mi vida a tu servicio,
para dar testimonio con mis acciones.

A ti la gratitud y la alabanza.
Tú me has sacado de la nada y me has elegido;
me has hecho feliz con tu amor y tu presencia.
No te conozco bien, no conozco siquiera mis necesidades.
Pero Tú, ¡oh Padre!, nos conoces por entero.

Soy incapaz de amarme a mi mismo como Tú me amas.
Tú, Señor, me has creado con un sólo corazón
y quieres que sea sólo para ti.
Señor, estar ante ti es lo más grato.
En este momento me presento ante ti.

Acéptame cuando y como quieras.
Haz de mi según tus deseos.
Me has creado a tu imagen,
y me has hecho hijo tuyo.

Honor, gloria y alabanza a ti, Padre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Equipo provincial de formación y vida religiosa
Los Negrales, 3 de diciembre de 2001